

JORNADAS 2008

Ponencia Dr. Ricardo Rodulfo

La referencia que antes me he ocupado de estas cosas justifica lo que, si no, sería una empresa un poco insensata de trabajar, en tan poco tiempo, un tema tan difícil, pero yo quiero dedicar mi exposición a Jacques Derrida, que hace pocas semanas se cumplieron cuatro años de su desaparición física y que, en lo que sigue, voy a tratar de retomar un poco, dar aunque sea medio paso en la dirección que él propone en relación a “resistencias”.

Lo que planteo es una especie de gradación, de transformación, por la cual uno podría identificar como estratos, formaciones, donde algo empieza siendo resistencia *al* psicoanálisis y se va transformando, poco a poco, en resistencias *del* psicoanálisis. Podemos pensar en un modelo de estratos a condición de no hacerlo concéntrico, de no pensar en un círculo como referencia, sino más un tejido textual tipo garabato, con diferentes zonas de concentración.

En primer lugar, estaría como un caso “puro” de resistencias al psicoanálisis, si cabe decir puro. Esas posiciones como las que evocaba Marisa en relación a posiciones neopositivistas, recrudescidas. No voy a detenerme en eso, es bien conocido, siempre retorna, siempre revive y cobra fuerza, a veces con ciertas modas, y lo padecemos en nuestro trato con colegas del campo médico –no con todos ellos, por supuesto- y sobre todo lo padecen los pacientes, a veces mal medicados o sobremedicados o mal planteado su tratamiento.

Un paso más empezaría la transformación de resistencias *al* psicoanálisis en resistencias *del* psicoanálisis. En este paso, encontramos lo que podríamos llamar un estrato de buena disposición, de una disposición perceptiva favorable al psicoanálisis, de una inclusión del psicoanálisis mediática, familiar, institucional que, por una parte, tiene que ver y ha permitido efectos benéficos del psicoanálisis en la vida cotidiana, todo lo que tenga que ver con matices y con políticas no represivas y con toda consideración por la singularidad. Pero, por otra parte, en esa aceptación y en esa difusión, en esa divulgación está todo lo que Derrida llama “domesticación”, efectos de banalización, o sea, desgaste de toda diferencia que termina por asimilar el psicoanálisis a otras consignas como “comer sano”, o ideales de felicidad ingenua, etcétera, o normativas para ser buen padre o madre, toda una serie de efectos de banalización que, por otro lado, no hay que olvidar, son la contracara de incidencias positivas del psicoanálisis.

Un paso más y tenemos un tercer estrato, donde las resistencias *del* psicoanálisis se vuelven todavía más fuertes desde mi punto de vista, que es el constituido por los psicoanalistas como grupo. Más allá de obvias y notables diferencias individuales -o singulares, mejor dicho-, hay que decir que los psicoanalistas, en su conjunto, se han demostrado -largamente, diría yo- incapaces de interrogar y cuestionar la teoría psicoanalítica, o las teorías, sus presupuestos, etcétera. Es cierto que desde las posiciones profesionales no es fácil hacerlo, y se han mostrado tan incapaces de cuestionarlo como profesionales de otras disciplinas cuestionar la suya, porque desde la posición profesional es como eso de no serruchar la rama en la que uno está

encaramado. A la vez, es una especie de ironía porque, a diferencia de la mayoría de las profesiones digamos, o de las posiciones profesionales, el psicoanálisis tiene muchos elementos en su pensamiento, un repertorio y un modo de pensar que facilitaría ese cuestionamiento, esa interrogación, incluso en sus formas más radicales. De modo que es como algo desaprovechado. Entre los factores que intervienen ahí, encontramos algunos que vamos a reencontrar dentro de pocos minutos, por ejemplo y en particular, toda una simbología pueril que gira en torno a “papá Freud”, “papá Lacan”, y hay otros papás de recambio, candidateables, o “mamá Klein”, incluso en sus versiones locales, donde podríamos designar otros nombres. Ese motivo de filiación, que va a generar innumerables disputas por quién se arroga la auténtica representación de tal teoría o de tal posición, todo eso, “disputas de hijo”, digamos así, que van a dificultar mucho todo eso. Sumado a un modo de historizar muy ingenuo el psicoanálisis, la llamada revolución psicoanalítica, con un tratamiento muy ingenuo también del motivo del corte, como si el genio de Freud hubiera generado un corte con el antes, lo cual entregó desarmado al psicoanálisis a todos los motivos de la metafísica occidental y de la mitopolítica de Occidente, con lo cual no podía dejar de estar comprometido y contaminado.

Pero esto también lo vamos a dejar; porque me interesa llegar al otro punto, al cuarto estrato, que es donde se sitúa el núcleo, digamos, del pensamiento de Derrida al respecto, que es el motivo mismo del análisis, lo que está ya en el nombre del psicoanálisis en tanto el motivo mismo del análisis, el término mismo “análisis” viene - y es recibido y es tomado por Freud- con una tremenda carga metafísica que se puede remontar, tranquilamente, a Platón, con innumerables transformaciones y vicisitudes dentro del pensamiento filosófico. Pero, justamente, decir y presentar a Freud como el inventor del psicoanálisis –lo cual, además, reprime un fenómeno de grupo, pero esa es otra cosa- no permite ver que el análisis no es una invención de Freud, que Freud ahí, como sucede siempre, echa mano, para hacerse comprender, de todo lo ligado a análisis para tratar de volcar ahí sus hallazgos y lo que está tratando de pensar, y –cosa importante- lo vuelca en una forma que no era la más conveniente para esos hallazgos y para eso que se trataba de pensar. El motivo mismo del análisis no era lo más conveniente.

Derrida descompone *ana* y *lisis* y muestra las dos direcciones simultáneas que se procesan en Freud, dentro de este marco metafísicamente condicional. Uno, lo ligado al *ana* va a ser el motivo genealógico-arqueológico, el motivo del origen, y no sólo del origen sino de un origen que filia, que filia y estructura y determina. Este motivo se va a hacer cargo de todo lo que tenga que ver con “sentido”, y el sentido va a estar, va a girar en torno a algunos elementos que, en lo esencial, se van a mantener inmodificables, léase Complejo de Edipo, castración, falo, etcétera. Eso es lo que se va a hacer cargo del sentido.

En la otra dirección, en la *lisis*, la solución-disolución, una dimensión que más bien arrasa con todo sentido, un modo de desligazón, de divisibilidad que arrasa con todo sentido, reduce a cero todo sentido, literalmente en el cero del principio de inercia de Freud o de sus formulaciones más conocidas sobre los instintos o pulsiones de muerte. Freud va a estar allí muy referido -por sus propios y fuertes compromisos positivistas-, muy condicionado por la idea de la clínica como ciencia de lo simple. En esta dirección se va a buscar lo simple y la unión con algo simple, de ahí va a surgir toda la temática

de la invención de pulsiones como fuerzas simples que se podrían encontrar actuando detrás de los fenómenos, etcétera.

Lo cierto es que estos dos motivos, el arqueológico y el de lo simple, no parecen llevarse muy de acuerdo, tienen un conflicto muy irreconciliable entre sí, empezando porque el segundo arruina todos los sentidos que establecería el primero, además de que cada uno de ellos tiene sus propios problemas. El sentido arqueológico establecido de lo edípico en particular, va a resistir, va a hacer resistencia, a un principio de divisibilidad que siempre llevaría más adelante la descomposición del análisis, porque los motivos de lo edípico, lo fálico, etcétera, son indivisibles, son –como lo dice Freud en una figura plástica- una roca, la castración en particular, lo que no se puede dividir y, en ese sentido, se va a llevar mal con un principio que reclama seguir interminablemente la divisibilidad, va a chocar un sentido indivisible con un principio de divisibilidad que, por otra parte, se confunde con un principio de simplicidad, y ahí es notable porque más encuentra Freud lo que llama “ombligo”, lo que le hace evocar los versos que Goethe pone en boca de Mefistófeles en el *Fausto*, donde la fábrica de pensamientos es caracterizada como un entretejido de mil hilos, o sea, una complejidad inextricable, y cada vez mayor complejidad. Movimiento que sería del todo sintónico con el de la física contemporánea, que fue descubriendo la complejidad creciente, cuanto más se dividía, más complejo, más se insiste en ese principio de unión simple con algo que, en la clínica, va a estar encarnado –por razones de género que no nos podrían sorprender- en la figura de la madre y de la unión con la madre que, desde entonces, tomará un inequívoco olor a muerte.

Por otra parte, en este contrato que el psicoanálisis suscribe consigo mismo se va a apropiarse por anticipado del sentido, y ése es otro problema. Queda bien escenificado en la escena del único encuentro entre Freud y ese Juanito tan vapuleado por innumerables ensayos psicoanalíticos. En ese único encuentro, el profesor le dice al niño que él ya sabía, que él, Freud, ya sabía desde antes que Juanito viniera al mundo, ya sabía que Juanito iba a ser un pequeño Edipo. Ese “ya saber” plantea un sentido trascendental que, por otro lado, pulveriza o quita el sentido de lo que el chico, en este caso, podría producir, porque ya está determinado de antemano, y aunque Juanito está en ese historial en la pretendida posición de poner a prueba las hipótesis sobre la sexualidad infantil, todo el texto está amañado como para que sea siempre el confirmador al que se le aplica eso. Pero esa apropiación es una apropiación del sentido que quita el sentido al material del paciente, pero el psicoanálisis era el que había dado... Freud lo que había descubierto, en verdad, era lo que podríamos llamar la singularidad, la diferencia, eso que hacía de cada fenómeno, como un sueño, un fenómeno irreductible a cualquier otros, sólo creado para esa ocasión, y eso se resiste a sí mismo.

Del mismo modo, tampoco se va a poder examinar, por eso mismo, cómo el llamado descubrimiento de lo edípico -que se plantea, en realidad, como un descubrimiento de la universalidad suprahistórica y trascendental de lo edípico- en realidad Freud ahí descubre que la mitopolítica de la sociedad de su época le permite descubrir, porque es en el siglo XIX, digamos, después de la Revolución Francesa y con el ascenso de la burguesía donde va a tener, va a adquirir plenitud el motivo de la familia papá-mamá-hijo, la familia triangular burguesa como célula de la sociedad, como elemento fundante, infraestructural de la sociedad. El Complejo de Edipo redobla, en un plano fantasmático, esa conformación de un pensamiento, de una mitopolítica que hoy está en plena crisis y en plena transformación.

Por otra parte, este motivo genealógico-arqueológico se va a redoblar casi paródicamente en los mismos desarrollos de las teorizaciones analíticas, porque siempre va a colocar a Freud en la posición de origen, y de un origen que nunca caduca en sus efectos, lo cual también va muy en contra de todo lo que hoy, por ejemplo, y no sólo desde hoy, se piensa desde la física en cuanto a la caducidad de las condiciones iniciales. No habrá teoría psicoanalítica que pueda hacer caer a Freud, o estar más allá de Freud o no deberle nada a Freud y, en ese punto, la introducción del concepto de deuda simbólica es sumamente interesante porque una deuda real puede llegar a pagarse, una deuda simbólica no tengo con qué pagarla. Vamos a ver muchos síntomas de esto, uno muy característico es esa búsqueda de “Freud ya lo dijo” cada vez que alguien aparece pensando algo un poco nuevo, “Freud ya lo había dicho, aquí está”, siempre es posible una lectura más retorcida, más rebuscada, que saque algo de la manga, es el as en la manga y, a la vez, es una resistencia tremenda a que una teoría pueda, o un grupo de teorías, practicar un análisis.

Hay un material que, al respecto, es paradigmático o podría servir muy bien, en una exposición breve como esta, para situar mejor ciertas cosas, que es ese material justamente, como sabemos encontrar en *Más allá del principio del placer*, de ese juego de un niño. Recordemos brevemente: el niño juega a arrojar, lo que él hace es arrojar y lo que le gusta es arrojar, muy rara vez, traer algo de vuelta. Para empezar, es sintomático que el nombre que se puso a ese juego fuera el de *Fort-da*, porque el redoblamiento verbal de ese arrojar es también ocasional, y es una primacía sospechosa del logocentrismo, que tiende a reprimir que se trata de arrojar, sobre todo con algunas lecturas donde, directamente, lo más importante es el par opositivo *o-a* que el niño articula. Pero además, y fuera de esto, el sentido que Freud le encuentra enseguida, como dice Freud “sin lugar a dudas”, “no cabe ninguna duda”, “es evidente” que el sentido es la nostalgia de la madre, el deseo de unión con la madre, la búsqueda del retorno con la madre o, por lo menos, vengarse de la madre, el sentido del juego queda remitido a eso, a ese elemento simple. Es muy interesante esto, e inquietante diría yo, no es inquietante que Freud lo haya pensado así en el Siglo XX, porque tenía derecho a tener las hipótesis que en ese momento tenía, sino que se siga diciendo esto con toda tranquilidad en tantas clases, en tantos lugares aquí y en otras partes, en el 2008.

Veremos algunos puntos ligados a este juego del arrojar: en 1941, Winnicott pudo situar que ese juego era la última parte, Freud había descubierto un pedazo de un juego más complejo que empezaba con agarrar, y cuya secuencia Winnicott estableció. Eso no ingresó. El juego de arrojar tiene una dimensión de futuro, es un arrojar que implica, que abre un porvenir, y en la interpretación clásica queda remitido a un pasado, la búsqueda de un retorno al pasado. Algo que tiene que ver con una apertura del porvenir y que tiene que ver también con una decisión, así como tomó la decisión de agarrar, en su momento –cosa que Winnicott estudia cuidadosamente-, el niño toma ahora la decisión de arrojar. Esa decisión de arrojar no es nada simple, ningún acto simple, porque va a implicar una transformación del espacio, una transformación de las propias manos, y una transformación en el estatuto del objeto, del juguete, que antes no era arrojable. También va a implicar, porque es un entre, que hay condiciones -lo cual también está en la observación de Winnicott- en el medio, de quiénes están con el niño, que va a propiciar la arrojabilidad, que algo pueda ser arrojado, incluso la posibilidad de arrojarse por parte de quienes están con el niño.

Por otra parte, sabemos y se ha estudiado algo de cómo esto tiene innumerables ramificaciones a lo largo de todo el desarrollo subjetivo, ramificaciones en los procesos de pensamiento, en zonas muy alejadas del escenario original. Por otra parte, en cada caso en particular, ese arrojar permite estudiar ritmos del arrojar, intensidades del arrojar, inhibiciones del arrojar, muy diferentes según cada chico. Por otra parte, el arrojar, que se sigue ligando rutinariamente sólo con la angustia, como si la angustia fuera el origen del juego, es un acto gozoso, alegre, y la posibilidad de imponer una política del arrojar está en el corazón, para el niño, de poder gozar de la separación y de la conclusión, de poder gozar de que algo termine.

Como vemos, es un juego sumamente complejo cuyo atravesamiento implica una complejización enorme del psiquismo, y todo eso queda reducido a “extraño a mamá, si pudiera unirme con mamá...” y queda contextualizado, además, en un paradigma que Freud está tratando de constituir en ese libro relativo a una pulsión de muerte como fenómeno de simplicidad radical, de simplificación, diríamos, radical.

¿Qué se puede hacer? Creo que, siguiendo las propuestas de Derrida, o retomándolas, hay que llegar a una concepción de análisis que transgreda, que se desmarque mejor dicho, de los motivos clásicos de lo arqueológico, de una arqueología pensada, además, muy simplemente, y del motivo de la unión con algo simple, tendencia a cero. Hay que insistir en una divisibilidad que no tiene término y que no remite nunca a ninguna simplicidad elemental sino a una complejidad cada vez mayor. Habría que liberar, digamos, las fuerzas productivas del psicoanálisis de su sometimiento a la teoría psicoanalítica estatuida, las que fueren. Y, de paso, más allá de eso, interrogar y deconstruir la idea misma de teoría como sistema, la idea misma de teoría como formación de un *establishment* político, académico, institucional.

Entre tanto, todo va a seguir aparentemente igual. Se seguirán citando las mismas cosas, oiremos incansablemente hablar de la angustia, jamás oiremos hablar de la alegría, oiremos hablar incansablemente de las estructuras, de esto, de lo otro, pero tal vez bajo otro nombre, tal vez bajo otras formas, algo del psicoanálisis que se resiste a estas categorías metafísicas de análisis, va a lograr pasar. Esto se anuncia aquí, allá, se anuncia, incluso, como Winnicott se anuncia, a veces en algún autor como Lacan, se anuncia en Stern y en Benjamin, y se anuncia, incluso, en colegas que no escriben, no es que escriben y sean conocidos por sus producciones, pero que algo ha hecho “clic” y pueden sostener una posición al respecto, congrua con esto.

Entre tanto, y mientras esté, lo único que yo puedo prometer es ofrecer una resistencia, como dice el protagonista de *Rinoceronte*, de Ionesco, en su última frase, “no capitular”. Nada más.